

## EPISTOLARIO DE FELIPE ÁNGELES

### CARTAS PRIVADAS DE FELIPE ÁNGELES AL SEÑOR MAYTORENA

Cómo y por qué el ex director del Colegio Militar decidió cruzar la frontera

### UNA CARTA ESCRITA YA EN TERRITORIO MEXICANO

Cartas seleccionadas y anotadas por José C Valadés, redactor de *La Opinión*,  
con datos y documentos obtenidos en el archivo de don José María Maytorena  
y con las explicaciones verbales del propio ex gobernador de Sonora

## CAPÍTULO V

Felipe Ángeles, al igual que la mayor parte de los exiliados políticos en los Estados Unidos, pasaba días de miseria.

“No se imagina Ud. las catástrofes que hay por aquí entre nosotros”, decía Ángeles a don José María de Maytorena.

La situación del general no era menos penosa, y pareciendo desear alejarse de los problemas de México, a veces le interesaban, como podrá observarse

*El convencionismo*

en sus cartas, en tal grado, que anuncia que marchará a una nueva aventura. Pero después avisa a don José María que irá a Uniontown, en busca de trabajo en las minas.

Pero en la carta que sigue, el ex director del Colegio Militar dice la causa por la cual siempre no marchó al mineral, dedicándose, en cambio, a buscar trabajo en Nueva York, mezclándose con la gente pobre, donde, según dice, robusteció sus ideas socialistas.

619 W. 114th St., New York  
Septiembre 25 de 1917

Señor General don José María Maytorena  
Los Ángeles, Cal.

Muy querido y buen amigo:

Le decía yo a Ud. en mi última carta que me iba para Uniontown, Pennsylvania, a trabajar con algunos mexicanos que me invitaron, pero sucedió que por casualidad me encontró aquí un sobrino mío que me disuadió de ir a ese trabajo de minas, asegurándome que no lo podría resistir, y que tal vez no me lo darían al ver mi aspecto que no era adecuado para uno de esos trabajos rudos. Yo cedí, sobre todo por que él me aseguró que aquí encontraría algo que hacer. Me fui con él a un cuartucho por allá al sur de la ciudad (*downtown*) y buscamos y buscamos y buscamos, y no encontramos. ¿Por qué? Porque los trabajos eran sumamente pesados o bajos, o porque yo no sabía el suficiente *slang* para entender el lenguaje del pueblo. Me hacía entender muy bien de la gente decente, pero ni entendía ni me hacía entender con el pueblo. En fin, que tengo mucho amor por el pueblo, pero no tengo muchos puntos de contacto con él. Sin embargo, era necesario vivir, y era necesario trabajar aunque fuera vergonzosamente.

Tengo mis amigos entre los indios de aquí, entre los humildes, entre los negritos, y ahí unas veces, y otras por arriba, en la aristocracia, encuentro alguna vez algo que hacer, aunque sea trabajo inseguro. A veces me sumerjo en los bajos fondos sociales, a escondidas, y otras salgo al sol y gano, respirando aire puro, algunos centavos. Había renunciado heroicamente a vivir en un cuarto decente, pero sufría mucho y tenía frío y preferí sacrificar lo demás para tener buena cama y calor, y volví a esta casa, donde he vivido un año. Lo único que me preocupa es que no duermo bien por intranquilidad, y que eso el día menos pensado me tira en cama y eso bastará para echarme al abismo. Pero ya

sabe que soy muy metódico y muy temperante, y tengo la esperanza de que no me he de enfermar.

Había yo leído muchos libros socialistas y, como Ud. sabe, me había yo convertido al socialismo; pero me faltaba la experiencia personal. Ojalá no llegue a experimentar todo lo que he leído, todo lo que sufren los pobres y que los convierte en ladrones y asesinos o que mueren tirados de frío abajo de un puente. Y lo más conmovedor es que de repente me encuentro a un amigo que me reprocha que me esconda yo de él porque está pobre, y me pide un préstamo de cuatro reales. No se imagina Ud. las catástrofes que hay por aquí entre nuestros amigos, que heroicamente llevan la cabeza muy alta y platican con mucha energía, y llevan dentro de sí la angustia más grande, que ellos quieren ocultar, pero que se ve a leguas en los círculos negros que rodean los ojos y en el calor amarillo terroso de las caras.

Yo, afortunadamente, estoy muy bien, gordo y en buen color, aunque apenado y asustado. Sin embargo, no soy desgraciado porque conservo aún mi energía, y porque la filosofía me da satisfacciones aun al analizar mis penas.

Le he contado esto porque Pepito [José M. Maytorena, hijo] el otro día fue a verme al *downtown* y me dijo que Ud. me había escrito y que Ud. tal vez se imaginara que estuviera en la mina de Uniontown y no se explicara bien mi silencio.

No se descuide el estómago. Coma poco, no beba alcohol y no fume, y procure estar contento. Esta vida es muy interesante y hay que vivirla con alegría. Hay que filosofar para que se resbalen las penas.

Mis honores para su familia y un cariñoso abrazo para usted.

Felipe Ángeles

#### QUERÍA PELEAR "ESTA BATALLA DE LA VIDA"

Como respuesta a la carta anterior, el señor Maytorena envió al general un mensaje, invitándolo para que hiciera un viaje a Los Ángeles, donde podría pasar cómodamente el invierno.

Ángeles no aceptó, quizá como un gesto caballeroso, temiendo que su viaje agravara las condiciones económicas de Maytorena, escribiendo, en cambio, esta carta bien amarga:

New York

Octubre 3 de 1917

*El convencionismo*

Señor General don José María Maytorena.  
Los Ángeles, Cal.

Muy querido amigo:

Hoy recibí su telegrama. Había sido este día muy amargo, el más amargo que he tenido, pero su telegrama cambió mi ánimo y me dio nuevas fuerzas.

La semana pasada, un amigo, el coronel Julio de la Cerna, había conseguido un empleo en la casa Du Pont de Neumors, en Wilmington, Delaware, pero como ese empleo era de experto en balística y él no se consideró con los conocimientos necesarios para desempeñarlo, y sabiendo, además, que yo conocía muy bien el asunto, renunció al empleo en mi favor. Pedí el empleo por escrito y a instancias de algunos amigos tuve que ir una, y dos y tres veces a Wilmington, y ver y pedir a una bola de gentes, y no pude conseguir nada, porque dizque era yo mucho hombre para el empleo y demasiado sabio para mis jefes, a pesar de que yo soy humilde y estoy dispuesto a trabajar hasta con la pala.

Un bondadoso señor se había interesado por mí; me había dado algunas traducciones del inglés al español y cediendo a una petición mía me había ofrecido un insignificante trabajo de oficina, pero no pude obtenerlo porque confesé honradamente que nunca había yo sido tenedor de libros.

Esos dos empleos habían sido mis cara ilusiones de los últimos días y se desvanecieron al soplo helado de la lógica de la actual organización social. Los hombres que han intervenido son buenos, pero unos temieron que mis conocimientos los perjudicara en su carrera, y otros temieron que mi ignorancia en la teneduría de libros perjudicara el negocio. Todos ellos han obrado lógicamente; no conservo rencor a ninguno de ellos. Unos me pudieron haber dado un modesto empleo en materia que yo conozco a maravilla diciéndome que me estuviera quieto en un rincón, y los otros me pudieron haber guiado durante unas cuantas horas, o tal vez unos cuantos minutos, porque yo ya conocía teóricamente el asunto, aunque nunca haya yo llevado un libro de contabilidad; pero la lógica de la dura vida los obligó a ser un poquito malos. Después de esos acontecimientos he sufrido un poco, muy calladito, y ahora se me estaban acabando las fuerzas cuando me llegó su telegrama como una inyección de energía. Es posible que mi decaimiento se haya debido al envenenamiento de algún mal alimento, pero ahora ya estoy mucho mejor.

No puedo telegrafiarle pero confío en que ésta irá muy de prisa y le llevará mi gratitud por su bondad y calmará la intranquilidad que le pueda producir la creencia de que mi salud me pueda abandonar. No dude Ud. que lo quiero como a un hermano, pero no puedo aceptar su ofrecimiento de irme a Los

Ángeles porque necesito pelear esta batalla de la vida, aunque mis tropas estén harapientas y en la inopia. Lo más malo es que tenemos que combatir en pleno invierno y que por la guerra europea los alimentos van a subir mucho. Yo no puedo olvidar que cada quien tiene su batalla propia y que Ud. también tiene sus graves preocupaciones. A medida que le he ido escribiendo ha aumentado mi animación y mi bienestar. Espero que las cosas se han de componer y que el día menos pensado ya tenga algo asegurado y que podré dormir forjando nuevos ensueños.

Reciba usted, querido amigo, con la expresión efusiva de mi gratitud, mis más ardientes deseos por su felicidad personal y porque algún día esa desdichada suerte eche una buena machincuepa.

Mis homenajes para su familia y un estrecho abrazo para usted.

Felipe Ángeles

#### NUEVAS ACTIVIDADES DE DÍAZ LOMBARDO

Alentados por algunos triunfos pequeños, pero significativos de fuerza y de valor, obtenidos por el general Francisco Villa en el norte de México, el grupo de exiliados políticos en Nueva York, dirigido por el licenciado Miguel Díaz Lombardo, empezó a dar nuevas señales de vida.

El general Ángeles fue invitado a participar en las nuevas actividades.

La perseverancia de Díaz Lombardo, la formación de un nuevo plan –cuya aceptación había ofrecido el general Villa–, los triunfos del guerrillero y la sugestión hecha por los miembros de la junta revolucionaria para que Ángeles marchara inmediatamente a unirse al guerrillero duranguense y, finalmente, las terribles condiciones morales y materiales del ex director del Colegio Militar, fue quizás lo que influyó para que éste, por enésima vez, se sintiera atraído por una aventura en México, y en esta situación envió al señor Maytorena el siguiente mensaje en respuesta a otro en el que el ex gobernador de Sonora lo invitaba para que pasara la Navidad a su lado. Dice el mensaje de Ángeles:

Recibido su telegrama. No puedo aceptar bondadosa invitación por estar alisándome para empezar negocio. Roque ha desistido, pero tengo asegurado otro compañero. Si usted viene a verme luego se sentirá inclinado a unirse.

*El convencionismo*

Un día antes de este mensaje, fechado el 7 de diciembre de 1917, el ex director del Colegio Militar comunicó en una corta carta al señor Maytorena, su decisión de marcharse a México, junto con Roque González Garza, ex presidente de la República, para unirse al general Villa.

Confirmando su resolución, el general escribió días después esta carta:

619 W. 114 th St., New York  
Diciembre 16 de 1917.

Señor General don José María Maytorena  
Los Ángeles, Cal.

Querido y buen amigo:

Hace 3 o 4 días remití al señor don Manuel Márquez Sterling un largo artículo titulado “Mi influencia en la ruptura de Villa con Carranza”, en el cual usted juega un papel importante. Vacilé algunos días en mandarlo por temor de que fuera a disgustar a usted, pero los amigos a quienes consulté me aseguraron que no le disgustaría. No se lo consulté a Ud. mismo por temor de que fuera a tener alguna indecisión. Si Márquez Sterling me manda un ejemplar de su diario *La Nación* con mi artículo, se lo remitiré a Ud. para que si le parece conveniente lo dé para su reproducción, o mande hacer su publicación en una hoja suelta. Si usted platicara conmigo vería que no he cambiado un ápice en mis ideas y en mis propósitos: el telegrama que le mandé es suficientemente explícito y aun demasiado, ni por correo puedo explicarlo mejor.

Creí que empezaría yo a trabajar en él desde luego, pero un acontecimiento se verificó demasiado pronto y entorpeció el negocio, que principiaré en las nuevas circunstancias un poco más tarde. Creo que Ud. se interesaría por conocerlo, aun cuando no entrara como socio en él. Tengo la esperanza —qué digo—, la seguridad de que al fin y al cabo nos ayudara Ud. cuando sea oportuno, y de la oportunidad nadie será mejor juez que Ud. Se me figura que después de reflexionar un poco, se preguntará Ud.: “Bueno, y ¿con qué dinero van a emprender cualquier negocio?” Vamos a empezarlo sin nada; con puro crédito, exponiéndonos a fracasar a las primeras de cambio; pero el que no se arriesga no pasa la mar. Me extraña que no haya Ud. recibido la carta en que le dí las gracias por su regalo de Nochebuena y me apena porque en ella le hablaba un poco de lo mismo que ahora.

Saludos muy afectuosos.

Felipe Ángeles

## INSISTE EN LA AVENTURA

Pero como Maytorena insistió telegráficamente para que Ángeles desistiera de la aventura que iba a emprender, éste le escribió una segunda carta:

Diciembre 19 de 1917  
Nueva York

Señor General don José María Mayorena  
Los Ángeles, Cal.

Querido y buen amigo:

Al ponerle a Ud. mi telegrama creí que definitivamente había usted abandonado su primer punto de vista. Creí que estaba Ud. plenamente convencido de que los requisitos que usted exigía eran imposibles de realizarse y que así había Ud. convenido conmigo más o menos explícitamente. También yo había convenido más o menos, explícitamente, que las circunstancias que concurren en Ud. no le permitirían emprender el negocio en condiciones muy deficientes; pero que eso no implicaba que para empezarlo fuera necesario satisfacer condiciones imposibles sino sólo que usted no colaboraría sino ya bien avanzado el negocio. Ya sabe usted cuán firme soy en mis creencias y ya le he manifestado a Ud. cómo pensaba y pienso empezar. Lo que yo le platicaría no sería la gran cosa, ninguna complicada o maravillosa invención, sino una sencillísima que naturalmente está formada por dos partes: la primera de ideas, la segunda de acción.

La primera es la fundamental; probablemente estaría usted de acuerdo conmigo, aunque pensaría usted que nuestros amigos no lo estarían. A eso yo arguyo: un negocio no se emprende para satisfacer a los amigos, sino a la comunidad.

La segunda, aunque secundaria, es también importantísima, y en ella no estaría usted enteramente satisfecho; la vería con natural repugnancia y probablemente pondría usted serias objeciones.

En resumen, usted, en general, lo aprobaría. Sin embargo, yo creo que usted debería conocer el fondo del asunto, pues como debe presumir yo tengo esperanzas de éxito, y creo que a pesar de su pesimismo usted colaborará a su tiempo.

Todos los negocios de la naturaleza de éste son al principio inciertos, pero éste, en mi opinión, tiene el máximo de incertidumbre. Ya sabe usted que yo no

*El convencionismo*

soy optimista ni veo nunca las cosas color de rosa y que me decido a hacer algo por deber y sin ilusiones.

Usted es hombre de muy buen sentido; comprende usted que dadas las circunstancias y sabiendo cómo es la gente, no voy a emprender el negocio con los millones de Morgan o con los millares del señor Hurtado, o con los centenares de Rafael Hernández o con las decenas de Llorente, o con los dólares del señor Bonilla. ¿Por qué? Porque conseguir cualquiera cosa es difícil. Usted dirá entonces que emprender un negocio cualquiera sin capital es ir al fracaso. Yo niego, porque sé de muchos que han prosperado a pesar de haber empezado así.

Claro que lo que digo en ésta usted ya se lo esperaba, pues no podía esperar lo imposible. Y a pesar de eso me pareció que sería bueno que usted platicara conmigo. Como le dije a usted en mi anterior, escribí un artículo que ha de interesarle y que se habrá publicado ya probablemente en *La Nación*, de Márquez Sterling; no le prometo mandárselo porque no sé si podré hacerlo. Quizá Escudero se lo envíe a usted.

Mis homenajes para su familia y un afectuoso abrazo para usted.

Felipe Ángeles

UNA PROBABILIDAD ENTRE 999

Un largo silencio de parte de Ángeles siguió a esta última carta. Pero en los seis meses de silencio, el ex director del Colegio Militar había madurado perfectamente su plan. El general Francisco Villa, por conducto de su confidente y amigo, Alfonso Gómez Morentín, invitó a Ángeles para que se uniera a sus fuerzas, y el general, que ya había resuelto marchar a territorio mexicano, aceptó esta invitación.

Cuando a los seis meses volvió a escribir al señor Maytorena, fue para confirmar su resolución, a pesar de que él mismo confiesa que va a jugar “una probabilidad contra novecientas noventa y nueve”. La carta dice:

Julio 9 de 1918  
New York

Señor General don José María Maytorena.  
Los Ángeles, Cal.



José C. Valadés

Muy querido y buen amigo:

Recibí su grata última con un *check* de 100 *dollars* que tiene la bondad de enviarme considerando que no he de estar muy sobrado de recursos. Le agradezco infinito su carta y su obsequio.

Dos cosas importantes trata en su carta. Una relativa a algo que le dijo Pepito que había yo escrito, y la otra a nuestra suspendida correspondencia.

Por lo que a lo primero atañe, no he hecho ningún trabajo: probablemente Pepito se refiere a un artículo que escribí para que lo publicara *La Nación*, de Márquez Sterling. Abusando de la oportunidad que se ofrecía quise aprovechar su periódico para publicar algunos artículos y escribí el primero de ellos, que remití a Márquez Sterling y que seguramente éste no publicó. Fue entonces cuando le anuncié a Ud. que luego que Márquez Sterling me mandara un ejemplar de su periódico con mi artículo, se lo mandaría yo a Ud., para que, si le parecía, mandara hacer su publicación en una hoja suelta. No me mandó Márquez Sterling nada y ahí quedó la cosa.

Me parece que el artículo era importante, primero para mí y luego para Ud., y por eso creí que Ud. podría tener interés en publicarlo, porque ahí digo algo que tal vez Ud. no podría decir. Por si alguna utilidad tiene para Ud., voy a hacerle un arreglo de un borrador imperfecto que me quedó y se lo remitiré dentro de dos o tres días.

Respecto al silencio voy a decirle algo: no puedo decírselo claro, pero estoy seguro que Ud. comprenderá bien todo. Base, porque se lo he dicho, la resolución que he tomado desde hace mucho tiempo. Quise llevarla a cabo, primero de un modo, luego de otro y por fin de otro. Mientras llegaba un fracaso pasaba el tiempo y así se han pasado no sé qué tantos meses. ¿Por qué fracasé en las dos primeras ocasiones? Porque me faltó la ayuda que yo creí segura. Y desde entonces mi acción era inminente y era necesario estar mudo. Ahora estoy en el mismo caso; nada más que mi ánimo ha variado mucho y lo que no hacía yo antes, ahora me atrevo hacerlo. Si le contara yo Ud. las cosas Ud. aprobaría mis intenciones, como cualquier buen amigo lo haría, pero yo estoy dispuesto a jugar una probabilidad contra 999.

Reciba un abrazo muy estrecho y muy afectuoso para sí y mis respetuosos homenajes para la familia.

Felipe Angeles

## *El convencionismo*

### UNA RESOLUCIÓN

La resolución del general Felipe Ángeles, tomada en diciembre de 1917, fue definitiva, como se verá por la carta siguiente:

Agosto 14 de 1918  
New York

Señor General don José María Maytorena  
Los Ángeles, Cal.

Muy querido amigo:

Recibí su carta del 31 de julio ppdo. con un recorte de *La Prensa*, de San Antonio, del 18 de julio, en el que aseguran que se iba a iniciar una revolución encabezada por (general Juan G.) Cabral y por mí. Además, en su carta me da la noticia de la llegada a Los Ángeles del Sr. Lic. Escudero.

Habrá usted visto probablemente otros periódicos que dicen que no soy yo el jefe del movimiento, sino Antonio Villarreal. He platicado con el Gral. Villarreal y éste ha negado tener alguna participación en el movimiento; sin embargo, aunque en realidad este señor no sea el jefe de la revolución, por lo menos creo que algo mete la mano con la revolución de prensa: Así lo creo por lo que los artículos dicen y por la manera en que lo dicen. Siempre he tenido estimación por Cabral y me simpatiza su actitud, así es que deseo que tenga éxito, aunque creo que no lo tendrá él personalmente. Sin embargo, reconozco que está en lo justo, que tiene grandeza de alma y que hace lo que debe. Nos pone la muestra y nos da una lección: aunque fracase, hace su deber. Si todos hiciéramos lo mismo, no tendríamos déspotas como amos.

En cuanto a Escudero, mucho celebro su llegada a esa ciudad. Cuando lo vea, dele un saludo afectuoso. Habrá Ud. visto que he dejado de contestarle algo, pero hay cosas que no se escriben.

Un saludo muy cariñoso para Ud. y mis homenajes para la señora su esposa.  
Felipe Ángeles

### EL ZAPATISMO

Comprendiendo que el señor Maytorena es contrario a la idea de que se lance a una aventura en México, el general Ángeles, en las dos cartas que siguen, se

José C. Valadés

limita a hablar del zapatismo y de los trabajos de la American Federation of Labor, relacionados con los problemas mexicanos. He aquí las dos cartas:

Septiembre 18 de 1918  
New York

Señor General don José María Maytorena  
Los Ángeles, Cal.

Antier llegó Pepito y ayer tomó el tren a las 3:15 P.M. para su colegio. Según me dijo, tenía que estar en él a las 5:30 P.M. Creo que debe haber llegado a tiempo.

Le agradezco el empeño que tomó para que se publicara mi artículo mutilado por *El Tucsonense*. Hemos hecho muy mal en estar mudos; de ese modo le hemos ayudado a Carranza. La verdad es que yo no he tenido culpa de ello, pues apenas se ha presentado la más ligera oportunidad la he aprovechado. Mientras vivió *El Colmillo*, estuve escribiendo. Ahora que supe de la existencia de *El Tucsonense* con color revolucionario, le envié mi artículo, que mutiló. No diré nada al director de ese periódico, pero no volveré a mandarle otro artículo. He recibido un numero de *México Libre*, editado por Piña, pero ese periódico es muy chico y se publica semanariamente. He escrito una biografía, más bien un artículo, nada más que un poco grande, titulado: "Genovevo de la O". Lo juzgo muy importante, pues tiene por objeto hacer abandonar a los zapatistas sus insensatas ideas de extender su dominio a toda la nación, pues creo que su Plan de Ayala es malo hasta para ser aplicado localmente en la zona donde impera el zapatismo. No haga saber a nadie esta tendencia mía. Quisiera publicar mi artículo, pero no creo que se pueda publicar en *El Heraldo de México*, porque me imagino que ese periódico es semi-porfirista y, además, porque es tan largo mi artículo que ocupe más de una página, tal vez dos. Si Ud. pudiera conseguir que se publicara en alguna parte, me haría un gran servicio y me ayudaría a amarrar más a los zapatistas y a *sensatizarlos*.

Tenemos aquí algo político verdaderamente importante, muy serio y de lo que yo espero una solución a nuestro problema, bajo todos sus aspectos. Pronto se lo haré saber; la cosa invadirá todos los E.U. y luego México.

Un estrecho abrazo.  
Felipe Ángeles

\*\*\*

*El convencionismo*

Octubre 23 de 1918  
New York

Señor General don José María Maytorena  
Los Ángeles, Cal.

Querido y buen amigo:

Le prometí hace poco informarle de un asunto que había por acá: es el siguiente:

Una comisión enviada por la American Federation of Labor fue a México a estudiar alguna cosa a favor de los obreros mexicanos, pero bien pronto vio la comisión que México no estaba para preocuparse por ningún mejoramiento de los obreros, sino por salvarse de una situación que conduce rápidamente a la intervención armada de los E. U.

La comisión informó a la AFL: a) que la administración de Carranza es un desbarajuste, que no hay esperanza de que se consolide y que va caminando a su ruina; b) que todos los revolucionarios son una calamidad, que no dan esperanza a ninguno, que más bien contribuyen a poner puntales a Carranza, porque es mucho mejor que él continúe, que el que algún revolucionario lo derrocara, lo cual tampoco tiene posibilidades de realizarse; c) que todos en México están desilusionados, que no ven salvación posible, que creen que irremisiblemente vamos a la intervención; d) que es opinión de la comisión que sólo uniéndose los hombres representativos, de importancia y prestigio en México, de todos los partidos, podría establecerse un gobierno respetable, que pacificara al país y evitara la intervención.

La AFL resolvió intentar el acercamiento de esos hombres y se dirigió a algunos de nosotros, quienes aceptamos la invitación, pero a poco la mayoría resolvió que si nos uníamos con los reaccionarios nos desprestigiáramos ante los ojos de los revolucionarios que están en armas en México y que sería más hábil formar una Alianza Liberal Mexicana, en donde congregáramos a los que profesamos el mismo credo: invitar a los otros partidos a congregarse igualmente por su lado, y luego ostensiblemente así separados, tratar con ellos de la manera de hacer un esfuerzo común, con el exclusivo objeto de conseguir la pacificación del país.

Ya constituimos una junta local en N.Y.; hicimos las bases de Alianza que están imprimiéndose para la propaganda. Vamos a dirigirnos a los correligionarios residentes en las diversas ciudades de E.U., Cuba y México, para que constituyan juntas locales similares a la nuestra de la Alianza; en enero próximo se nombrara un Comité Ejecutivo General, director del partido, elegido en

convención o en elecciones generales. Al mismo tiempo vamos a dirigirnos a los demás mexicanos que hagan su organización aparte y, finalmente, delegaciones de todos los partidos acordarán las bases de la coalición.

Espero que, con entusiasmo y fe, nuestros amigos empezarán a moverse para lograr el éxito. Si usted y Escudero y todos los amigos se reunieran y discutieran este asunto, cuando les llegue la invitación oficial ya podrían obrar con toda la actividad y violencia que requiere este importante asunto.

Un cordial apretón de manos, de su amigo.

Felipe Ángeles

#### AL OTRO LADO DE LA FRONTERA

Desde los últimos días de octubre, el general Ángeles suspende su correspondencia con el señor Maytorena y no le vuelve a escribir sino hasta el 10 de enero de 1919, varios días después de haber cruzado la frontera mexicana en compañía de Alfonso Gómez Morentín.

La última carta del ex director del Colegio Militar, recibida por el señor Maytorena, dice:

Rancho de la Majada, Chihuahua, México  
Enero 10 de 1919

Señor general don José María Maytorena  
Los Ángeles, Cal.

Querido y buen amigo:

Ya estoy dispuesto a empezar a combatir para que triunfe la causa democrática, cuya lucha empezó Ud. colaborando con el señor Madero en 1910.

Aprovechando un minuto que tiene la bondad de esperarme un oficial que marcha a la frontera para rogarle que ponga esta carta en el correo. La dirijo a mi casa, porque no recuerdo su exacta dirección.

Estoy bien necesitado de muchas cosas; pero dos me son absolutamente indispensables y acudo a la bondad de Ud. para que haga un esfuerzo y me las ministre:

Ellas son: un caballo muy bueno pero no delicado, de modo que se pueda alimentar con el pasto de las praderas y de vez en cuando maíz, esto es, un muy buen caballo de *cowboy*, y un botiquín de campaña en una sólida caja, que no

*El convencionismo*

pese mucho, pero en donde con seguridad puedan conservarse las medicinas, (yodo especialmente).

Reciba un saludo muy cariñoso y las gracias anticipadas, pueda o no pueda.

La manera de remitir el caballo mi hermano Eduardo lo sabe, quien me ayudó a venir. Puede enviarme el caballo en la primera oportunidad, por ejemplo, cuando se me reúna un amigo o vaya alguien de aquí.

Un afectuoso abrazo y hasta la vista.

Felipe Ángeles

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 17 de mayo de 1931, año v, núm. 244, pp. 10-11.